

art buchwald

EL HURACAN SPIRO AGNEW

WASHINGTON.—Con toda la excitación que hay en Washington estos días, casi nadie se ha dado cuenta de que el Presidente Nixon se declaró en contra de los huracanes. En una de las declaraciones más fuertes que ha hecho desde que asumió el poder, el Presidente dijo que su Administración haría todo lo que estuviera en su poder para hacer desaparecer la amenaza de los huracanes en Estados Unidos.

Un amigo me dijo: "El Presidente siempre ha estado en contra de los huracanes y en su campaña prometió que, si era elegido, haría de eso uno de los asuntos principales del país".

—Pero a pesar de todo, dije yo, tenemos todavía huracanes, particularmente en el Sur. ¿No han establecido los tribunales ciertos procedimientos a seguir para cada estado en relación con el problema de los huracanes?

—Sí, pero el Presidente y sus secretarios de Justicia y de Educación, Salubridad y Bienestar Social consideran que esas disposiciones son poco prácticas y que debe dársele al Sur más tiempo para adoptar sus propios planes contra huracanes, antes de que intervenga el gobierno federal.

—Algunos afirman que la razón de que el Presidente se haya mostrado poco activo respecto a los huracanes es porque espera ganarse al Sur para el partido republicano en mil novecientos setenta y dos.

—Recuerdo haberle oído decir eso —dije yo.

—El secretario de Educación, Salubridad y Bienestar Social, Robert Finch, ha predicho que esta Administración hará más que cualquiera otra en nuestra historia para terminar con las tormentas. Pero los miembros del gabinete se dan cuenta de que no se puede imponer esta legislación al Sur y que, por lo tanto, tendremos huracanes unos cuantos años más.

—Pero, ¿qué es exactamente lo que está haciendo el Presidente para solucionar el asunto?

—Uno de los primeros pasos que ha dado consistió en ofrecer un banquete a todos los meteorólogos del país. El Presidente considera que no podemos acometer una decidida política antihuracanes mientras no se cuente con la confianza de los hombres que predicen el tiempo.

—Eso podría ser una gran ayuda... —comenté.

—También ha nombrado una comisión, encabezada por el vicepresidente Agnew, para estudiar el problema e informarle en seis meses sobre lo que debe hacerse para eliminar los huracanes.

—El Presidente ha llegado hasta el punto de poner la fuerza aérea a disposición del vicepresidente para que le sea más fácil volar sobre el núcleo de la tempestad.

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service, Inc.—Agencia Zardoya.)

—explica Basil Edwards—, el respeto por los textos y las leyes relativos a los refugiados políticos es inmenso; no se ha producido nunca ninguna extradición excepcional (como ocurrió en Francia en mayo del 68), y el principio del "political asylum" es sacrosanto. ¿Cómo acogerían los países como el nuestro a un "hijacker" cuyo único móvil hubiese sido precisamente la consecución de ese asilo político? (Habría que someterlo a una prueba de "autenticación" de sus convicciones? ¿O pondríamos a todos los "hijackers" potenciales sobre aviso devolviendo sistemáticamente a todos los autores de actos de piratería aérea?

En todo caso, los pilotos están decididos a llevar las cosas hasta el final. En la I.F.A.L.P.A., todos se alegran de que el secretario general de la O.N.U., señor U Thant, abordase este problema el 7 del pasado mes de septiembre: «El secretario general de las Naciones Unidas parecía estar muy bien informado y nos ha prometido que nos ayudaría a conseguir que el Consejo de Seguridad se ocupase del problema. Pero para ello hace falta que algún país tome la iniciativa de pedir un debate sobre el tema».

La I.F.A.L.P.A. está tratando actualmente de convencer a un gobierno relativamente «neutro» —y no comprometido en el conflicto de Oriente Medio— para que presente el problema en la O.N.U.

Los pilotos tienen un arma en reserva: la huelga mundial de veinticuatro horas. Saben que no tendría éxito en un cien por ciento (los pilotos de los países árabes han manifestado ya serias reticencias), pero provocaría pér-

didias económicas tan onerosas para las compañías —casi todas subvencionadas—, que los gobiernos harán todo lo posible por evitarla. Un día de huelga de los pilotos de la B.O.A.C. cuesta ochenta y cuatro millones de pesetas.

«De todos modos —dice un piloto americano—, hay que acabar con ello. En el caso de Cuba, por ejemplo, los secuestros se convierten en una comedia: todos los pilotos americanos que despegan de Miami disponen en su cartera del plan de vuelo hacia Santiago de Cuba, el trazado de las pistas, las frecuencias de radio, y el "transpondedor" de a bordo (aparato electrónico que permite la identificación automática de un avión) comporta un código especial. Si está conectado, se acabó: todo personal de tierra sabe que el avión se dirige hacia Cuba, que la embajada de Canadá pagará en dólares los gastos de aterrizaje, de alojamiento de los pasajeros, de mantenimiento del aparato y del suministro de keroseno. No hubo nunca problemas con Cuba en este asunto. Además, el gobierno cubano ha comprendido muy bien el problema y parece decidido a reprimir la piratería aérea. Igual que nosotros, La Habana considera que la lucha política no debe hacerse a este nivel y encararla sistemáticamente a todos los que, simpatizantes o no, juegan a los "piratas del año 2000"». ■ J. P.

(1) Palabra americana nacida durante la «Ley Seca» para designar la confiscación a mano armada, por una banda de gangsters, de cargamentos de alcohol de una banda rival.

Economía

LA FINANCIACION DE LOS EXCEDENTES AGRICOLAS

Con una significativa insistencia, diversos sectores de opinión vienen ocupándose en las últimas semanas de las perspectivas que, a corto plazo, presenta la economía española. En síntesis, como ya hemos señalado en otra ocasión (Véase TRIUNFO 27-9-69), se está ante una nueva coyuntura inflacionista, caracterizada esta vez por fuertes presiones sobre el Gasto por parte de las Entidades Privadas de Crédito, que vuelven a ser las más directa e inmediatamente responsables de un proceso —que puede culminar con fuertes especulaciones sobre la peseta— y del que aquéllas suelen ser, a la vez, las principales beneficiarias. Estas, mejor que nadie, conocen el viejo proverbio de que «les malheurs de monnaies font le bonheur des banquiers».

Sin embargo, importa fijarse ahora en otros factores, que, teniendo también un papel muy relevante en la configuración de esa coyuntura inflacio-

nista, están pasando más inadvertidos. Así, por ejemplo, aunque es cierto que el desenvolvimiento del Sector Público —Administración Central especialmente— viene actuando, en los últimos meses y al contrario que en 1968, de forma restrictiva en la expansión de las disponibilidades líquidas, la política de créditos oficiales concedidos a través del Banco de España, se muestra, por su parte, abiertamente inflacionista. De un lado, los créditos a organismos agrícolas (en particular, al Servicio Nacional de Cereales, a la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes y al F. O. R. P. P. A.) y, de otro, los denominados «Créditos a otros Organismos y Corporaciones» (O. F. I. L. E., R. E. N. F. E., etc.), así como el crédito oficial a diversos sectores industriales a través de la Acción Concertada, continúan manteniendo, e incluso acentuando, las tendencias expansivas registradas en años anteriores. La carga que supone para

CREDITOS AL SERVICIO NACIONAL DE CEREALES

(BANCO DE ESPAÑA. EN MILLONES DE PESETAS)

	1967	1968	1969	% (1969/67)
Enero	9.793	14.198	20.245	106,7
Febrero	10.032	14.290	20.590	105,2
Marzo	9.360	14.040	20.410	118,0
Abril	9.137	13.660	19.648	115,0
Mayo	8.586	13.169	19.004	121,3
Junio	7.675	12.900	18.338	138,9
Julio	7.033	13.089	17.824	153,4

FUENTE: «Boletín Estadístico del Banco de España». Agosto 1969.

NOTA: El crédito al Servicio Nacional de Cereales, antes S.N.T., comprende créditos personales y descuento directo de pagarés.

la economía la financiación exigida por estos organismos y grupos de presión —a los que no parece poner excesiva resistencia la generosa política del Ministerio de Hacienda— está alcanzando unos niveles difícilmente superables. Podría decirse que pocas veces en la historia de las finanzas españolas se han dado más facilidades, por parte del Tesoro, para disponer de un cuantioso volumen de fondos públicos dirigidos al sostenimiento de determinados intereses privados, de una conservadora política de precios agrícolas o, en definitiva, de una discutible y contradictoria política económica.

A este respecto, merece especial atención, por su expresiva significación, la financiación del Servicio Nacional de Cereales, punto de referencia básico de una política agrícola consistente en canalizar las necesarias ayudas a la agricultura —que nadie, por otra parte, discute— por medio del sostenimiento artificial de los precios «percibidos» por los agricultores. En efecto, como puede comprobarse en el cuadro adjunto, la financiación de tan arriesga-

da política, en el primer semestre de 1969, ha exigido una inmovilización de recursos públicos cuya cuantía es superior en más de un 40 por ciento a la de 1968 y en más de un 100 por ciento a la del mismo período de 1967. Todo ello se explica si se tiene en cuenta que, a los cuantiosos excedentes de trigo en los últimos años, han venido a sumarse, en las dos últimas campañas, fuertes excedentes de cebada, que no son más que el resultado —paradójico— de las medidas que se tomaron para eliminar los excedentes del primero de los productos citados. De esta forma, los errores acumulados de esa política agrícola denotan hasta qué punto los intereses de los grupos predominantes en el sector primario están aún tan enraizados en la estructura económica del país, que son capaces de seguir imponiendo unas orientaciones de política económica —estructuras de propiedad, régimen de precios, etc.— que ya han entrado en abierta contradicción con otros intereses del propio sistema. ■ A. L. M.

Barcelona:

«HAPPENING CULTURAL»



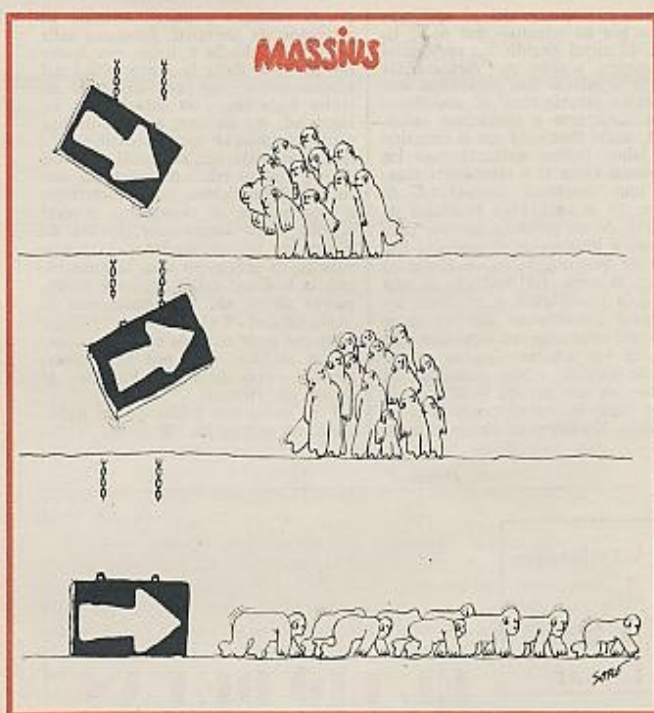
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, EN COMPAÑÍA DE MARINA CURIA Y BEATRIZ DE MOURA, DE TUSQUETS, EDITOR.

«Happening» entre dos «happenings». A la salida de Madrid, en Barajas, llegada de los astronautas. A la salida de Barcelona, en el puerto, la de los componentes de la «operación España». Entre ellos, el «happening cultural» organizado por Tusquets, editor, como presentación oficial, aunque ya hace unos meses habían salido dos de sus libros al mercado. En un local de raigambre popular, el Gran Price, dancing y escenario de combates boxísticos, una multipantalla daba acogida, simultáneamente, a varias películas. Por un lado se proyectaban diapositivas de los autores «de la casa», que van de Lezama Lima a Samuel Beckett, de Zola a Gide, de García Márquez a Gertrude Stein. Por otro, portadas de los libros ya editados, ilustraciones. Por un tercero, viejos films: Chaplin, Méliès, Lloyd... Por último, «trailers» de films de autores a los que la editorial, que dedica una especial atención a los temas cinematográficos, va a consagrar parte de sus volúmenes. Todo, evidentemente, aderezado con música, y en presencia del «todo Barcelona».

La experiencia, sin duda, es interesante. Apasionante incluso. El hacer salir la cultura de los senderos trillados, de los cenáculos habituales, es algo necesario. El libro, en la sociedad de consumo en que vivimos, no puede olvidar su condición de objeto. Ha de ser, además de vehículo de cultura, mercancía atractiva. Y como tal ha de ser presentado, lanzado. Los viejos es-

quemados, el viejo refrán de que «el buen paño en el arca se vende», no tienen ya curso. En este sentido van los proyectos de la editorial de referencia, que define sus textos, publicados o en preparación, como «no imprescindibles», pero atractivos, fundamentales en el «campus» y en la playa. Caben en el bolsillo, pero no son de bolsillo. Son «paperbacks», pero no son «pockets».

En cuanto al acto en sí, el «happening», uno recuerda el celebrado antes de que la palabra se pusiera de moda hace una decena de años, con motivo de la aparición de «La semana santa», de Aragón, en el Palacio de la Mutualité parisino, y en el que, junto a una conferencia del autor y unas palabras de presentación de distintas personalidades políticas y literarias, una serie de cantantes interpretaban canciones, algunas de ellas con letra del escritor. Hasta el punto en que la cultura puede, en una sociedad como la nuestra, ser popular; este puede ser uno de los caminos —no el único, naturalmente— de abrir las puertas de acceso a ella de quienes aún se sienten intimidados por algo que consideran como lejano, en gran parte con razón. Las tres colecciones que, de momento, lanza la editorial en cuestión, al precio de cincuenta pesetas volumen, pueden ser, desde el planteamiento de que parten, una contribución a que esa lejanía vaya dejando de serlo. ■ C. S. F.



Apertura del Español

«LOS DELFINES», DE SALOM

El Español ha iniciado su temporada con «Los delfines», de Jaime Salom, representada por la Compañía Titular del Teatro Nacional de la Ciudad de Barcelona. El montaje, muy aparatoso y espectacular, cuadra perfectamente con lo que el gran público suele esperar de una compañía subvencionada. Casi inútil añadir que la personalidad del director José María Loperena —juizada en Madrid por el montaje de «Lope de Vega», de Adolfo Prego, y «Cara de Plata», de Valle-Inclán— y de nuestro bien conocido escenógrafo Sigfrido Burman, encajan perfectamente en esta concepción de la puesta en escena. Añadamos, para completar los «datos» del estreno, que la obra fue francamente aplaudida y que su autor dirigió unas palabras de gratitud al respetable.

De «Los delfines» es conveniente hablar por muchas razones. Una, porque se ha estrenado en el Español; otra, porque ha constituido la presentación en Madrid del Teatro Nacional de Barcelona; otra, porque Jaime Salom, con independencia de sus méritos o deméritos, es el más «ambicioso» de los nuevos autores sólidamente incorporados al censo profesional; otra, podría ser tal vez la propia obra, curiosa y significativa en el marco general del moderno teatro español...

«Los delfines» es la interpretación, desde un «status» determinado —la alta burguesía industrial barcelonesa—, de un fenómeno que alcanza a toda la sociedad occidental. Los componentes del pensamiento de Salom son, aparte de sus propias observaciones, un heterogéneo material de lectura que va desde Santo Tomás de Aquino a Marcuse o Cohn-Bendit, pasando por Lampeusa, todo ellos, junto a otros muchos, citados en el programa. El tema no puede ser otro que el de la «crisis de la sociedad occidental», expresado a través del enfrentamiento

de varias generaciones. Del abuelo patriarcal, autoritario, respetado y creador de la industria familiar, pasaríamos a un hijo vacilante, inseguro, obligado a sostener una realidad que no ha hecho y no le importa demasiado, y, finalmente, a un nieto para quien todo aquello es historia pasada, para quien la razón está de parte de los huelguistas antes que de los patronos. Salom se esforzará en dejar «abierto» la cuestión, en no tomar partido y dar a cada personaje sus razones; aunque la actitud de la abuela, encarnación superviviente de las viejas ideas —especie de Bernarda Alba barcelonesa, para la que todo se salvará si se salvan las apariencias—, ejemplo elemental de mentira, mostraría las simpatías del autor por los más jóvenes.

Es innegable la categoría del tema. Querer ligar el tradicionalismo y eterno «conflicto entre padres e hijos» a los aspectos socioculturales que prestan hoy al problema, a escala mundial, unos claros acentos revolucionarios, es un empeño importante que, entre tanto teatro español chirigotero, merece cierto respeto.

Lo que ocurre es que el tema es tan grave, que las insuficiencias se hacen más ostensibles. Quería Salom sostener los caracteres, cuidar la psicología de los personajes, conservar el naturalismo de nuestro «teatro doméstico»; por otra parte, necesitaba que tales personajes se convirtieran en portavoces, en elementos ideológicos recortados y precisos de su discurso. Nada que objetar por adelantado a este empeño, porque es tiempo de superar las antiguas divisiones en géneros, la escolástica de la monodimensión. Todo es posible, si poéticamente, artísticamente, consigue establecerse. Y Salom podía muy bien intentar esa obra íntima y discursiva, cordial e ideológica, naturalista y simbolista. El único problema estaba en que le saliera o no.